24 y 25 de Junio de 1879

RELATO HISTORICO

DE LOS

GRANDES CRIMENES

DEL PORFIRISMO

F 1233
.5
D5
R45

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

MATALOS EN CALIENTE

24 y 25 de julio de 1879.

Una sucesión continua de acontecimientos dolorosos, ya con livideces espectrales de muerte o ya manchados con la roja sangre del martirio, han desfilado por los horizontes de la República entera, llenando las almas de estupor; pero ninguno se ha alzado hasta el presente con caracteres tan sombríos, con perfiles tan hoscos, con procedimientos tan horribles como la hecatombe veracruzana desarrollada entre la noche del 24 de junio de 1879 y la madrugada del 25 en que fueron arrancados de sus hogares, nueve ciudadanos honrados, que sin formación de causa fueron villanamente asesinados en el interior del Cuartel del 25 Batallón Federal de Línea, por orden expresa del General Porfirio Díaz, que en el exilo y maldecido de todos los buenos mexicanos, expiró, victima de sus remordimientos.

La tragedia veracruzana que hoy evocamos no como un vano recuerdo ni como espíritu de estéril resignación, sino como una jornada que marca un hostal obligado en el camino ascendente de la reivindicación nacional, desde el cual se vuelve la vista a contemplar, allá a los lejos, el sendero recorrido donde han quedado girones de alma popular, sangre de gleba y carne de miseria, donde el ciudadano mexicano, hundido hasta el cuello en opresión tiránica, ha sabido mantener erguida la frente humilde que anida aspiración imperfecta pero tenaz y levantado el brazo que sostiene la bandera libertaria; los GRANDES CRIMENES del Porfirismo, que sublevan el corazón de la Patria, conmueven las conciencias rectas y justifican nuestros movimientos revolucionarios, hacen arder en santas rebeldías los pechos generosos que lanzan su anatema contra tan nefasto crimen, esperando que el Tribunal Supremo de la Historia que es el que mas castiga, sabrá hacer caer sobre el asesino el estigma nacional.

LOS EDITORES

México, D. F. junio 25 de 1930.

¡LA VERDAD SIEMPRE SURGE Y LOS DELITOS JAMAS QUEDAN IMPUNES!.....

Tal parece que las almas de los que inmolan generosos su vida en aras de la Patria, vagan incesantemente por el espacio para ejemplo de la humanidad y remordimiento de sus verdugos.

Cincuenta y un años ha que en la heroica Veracruz fueron sacrificados Vicente Capmany, Ramón Albert Hernández, Luis G. Alva, Jaime Rodríguez, Antonio Ituarte, Lorenzo Portilla, Francisco Cueto, el teniente Caro y García y el subteniente Ruvalcaba y no obstante el tiempo transcurrido, nadie olvida ese proditorio atentado que lampreó de fango la faz del caudillo tuxtepecano, que más de treinta años impuso su voluntad en México conculcando todas las libertades y abatiendo el espíritu público.

El crimen fué horrible y se perpetró con objeto de acabar con el Lerdismo y de perpetuar en el Poder de la Nación a Porfirio Díaz que apostataba de los principios de SufragioEfectivo y No Reelección, proclamados en el Plan de Tuxtepec..

Las víctimas acrificadas en Veracruz, no intentaban ninguna rebeldía, no preparaban ningún movimiento sedicioso, únicamente le estorbaban a Porfirio Díaz para su futurismo y había que acabar con ellas y para lograrlo se valió del general Luis Mier y Terán, hombre de perversos antecedentes que usaba un nombre apócrifo, pero que por las prebendas que había recibido de Tuxtepec era un sumiso lacayo de Porfirio Díaz, quien supo utilizar todas sus perversidades para realizar su obra de continuismo en la Presidencia de la República.

Mier y Terán inventó una conspiración y evolucró a los mártires sacrificados en Veracruz, informándole a Díaz que iban a levantarse en armas para derrocarlo, Díaz se limitó a contestarle en un mensaje cifrado: MATALOS EN CALIENTE y el sanguinario y falso Luis Mier y Terán consumó

el crimen con todo lujo de crueldad según lo relatan en opúsculos que jamás dejaron circular los Porfiristas los valientes escritores Adolfo Carrillo, José Negrete, Manuel Peniche, Agustín B. González, Manuel Azpiroz, José Vicente Villada,, Miguel Albores, José Peón Contreras, Juan A. Mateos, Antonio Plaza, Irineo Paz, Manuel Gutiérrez Nájera, Alfredo Chavero y Julio Zárate en los que se han inspirado los editores del presente folleto histórico, que lamentan con tristeza que la mayoría de esos escritores, fueran después apasionados partidarios de Porfirio Díaz, que sostuvieron denigrantemente todas us reelecciones.

EL VERDUGO.

Balanceando el cuerpo, colgantes los brazos e inclinada la cabeza, así andaba Luis Mier y Terán después de consumada la tragedia del 25 de junio de 1879; su estatura era elevada, pero más carnosa que musculosa, la cara llena, y de aparente energía; la mirada incierta, cabizbaja, escudriñadora, desconfiada. Su fisonomía carecía de lealtad, era un juego escénico que ocultaba y disimulaba sus sentimientos y se veían cruzar al través de su frente, sus pensamientos, como al través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Sus ideas no eran muy abundantes, su cerebro estrecho y las paredes del cráneo, que por lo común se estrechan al descender al cerebro, en Luis Mier y Terán se oprimían de tal suerte que obstruían la dilatación y expansión de la materia gris. Era una naturaleza rudimentaria que la evolución de la especie produjo en ella un efecto descendente.

Entre los actos de ese hombre —si tal nombre puede dársele— y su organismo existía entera paridad: una vez en la barra de Tampico, que estaba infestada de tiburones, hizo zozobrar un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, para tener el gusto de salvarles después la vida.

En otra ocasión de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revólver en mano, a que detuviera la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse por ese tenor una infinidad de locuras semejante, que confirman la perturbación mental que padeció. ¿Mas para qué? Si otras no hubiere, sería bastante con la diabólica y mostruosa del 25 de junio para meterlo en la **camisa de fuerza** de la historia ¡Pobre loco! fue un instrumento del verdadero asesino del Caín maldito que se llamó PORFIRIO DIAZ el único y odioso culpable.

Luis Mier y Terán nunca tuvo derecho a usar el nombre que ostentó en vida y que le sirvió para ocultar su pasado de latrocinios y crímenes, su verdadero nombre era el de Luis Domínguez y el año de 1854 siendo mozo de estribo de un Sr. Mier y Terán, en Orizaba, lo asesinó cobardemente, robándole su fortuna, que dilapidó en veleidades, alcohol y juego, reapareciendo en Veracruz el año de 1860 con el apócrifo y nobiliario que también mancilló con la infamante cadena de crímenes cometidos bajo el amparo del caudillo tuxtepecano. Sus panegiristas dicen que fue botero, cargados de muelles y capataz de trabajadores, por su enérgica crueldad los **patrones** lo preferían, por su altanería y despotismo sus compañeros lo odiaban y temían. Cuando la intervención francesa, fué traidor y sirvió al Imperio, al que robó, pasándose después con los Republicanos en donde hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz y llegó a ser el más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tenía como serpientes, el don de fascinar a los imbéciles, arrastró a Terán del lado de Tuxtepec. La fidelidad que en los organismos inferiores es teriblemente sumisa y en el organismo de Terán degeneró en bestial; ya no era sumisión de hombre a hombre, sino de perro a amo.

Sentíase feliz el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre; luego dado el estado patológico de Terán, encontrábase en aptitud de cometer cualquier locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generoso y humano se ofuscaba en el momento en que se trataba de obedecer a Porfirio Díaz. Ofuscado la noche del 24 de junio, sólo quedó funcionando la ferocidad dinstintiva de la hiena...

EL CRIMEN

Si desolado y triste, era Veracruz el año de 1879, durante el día, lóbrego y tenebroso resultaba por la noche; uno que otro farolillo alimentado con aceite iluminaba a trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieran las balas del General Scott. La mar allí a dos pasos se inchaba y crujía y algunos metros adentro levantábase la masa informe del Castillo de San Juan de Ulúa, en las tinieblas apenas disipadas por la luz intermitente de su faro. Nada más lúgubre y sombrío que aquel pasaje en que el mar semejaba un sudario y la tierra parecía un cementerio. En esa fatídica noche de junio no había estrellas, ni brisas, el cielo estaba cubierto de nubes y el suelo con densos vapores.

El escenario fue trágico y monstruosa indescriptible la escena que en él se representó entre la noche del 24 que terminó tinta en sangre y la madrugada del 25 que fué salu-

dada con un escándalo de barbarie capaz de hacer ruborizar a los habitantes del centro de Beosia. ?

Por una escueta callejuela desembocó un pelotón de soldados, sus bayonetas despedían reflejos acerados, destacándose en el centro una forma blanca que era la de un hombre descalzo y en paños menores que ansiosamente interrogaba por qué lo trataban así y a dónde lo llevaban, sin que ninguno de sus custodios le hiecira caso.

—¡Por Dios Santo! a dónde me llevan capitán, gimió el desventurado.

Al cuartel 25º Doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

—Pero me permitirán, llegando, mandar por mi ropa y por mi catre?

—¡Piensa dormir el desgraciado! sí, el sueño eterno...

Al aproximarse al cuartel se escuchó una descarga de fusilería: el Dr. Albert Hernández ¡porque él era—comenzó a temblar, y poseído del terror de la muerte comenzó a gritar:—¡Oh! me van a matar... ¡a matar... a matar!!.

La puerta del cuartel estaba abierta; los soldados estaban sobre las armas y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en dirección opuesta, con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropa de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso, formábanlo un patio de muros elevados, enlozado y estrecho; a la izquierda y en el fondo montones de estiércol en activa descomposición. Una compañía de soldados formada en ángulo recto, cargaba y descargaba las armas, por secciones, a la voz de un comandante; en el centro yacían varios cadáveres revolcándose todavía en su caliente sangre, eran los de Cueto, Gutiérrez e Ituarte. No había más luz que la reflejada por cuatro linternas. Terán llevaba una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola, que acababa de descargar en el oído de Ituarte. Rielaba en los charcos de sangre la claridad de las linternas, dejando envueltas en la penumbra a los actores de aquella tremenda hecatombe, Albert Hernández apareció en esos momentos y al verlo Terán, con delirio salvaje lanzóse hacia él y cogiéndolo por el hombro lo empujó brutalmente.

¿Ah, es usted Doctorcito? y dirigiéndose a los soldados, vociferó:—Ahora a éste, cristianos, carguen!

El joven se asió de las rodillas de Terán implorando misericordia, el vértigo del miedo le hizo proferir frases inconexas y apóstrofes insensatos. Terán hombre corpulento,

deshaciéndose de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar a la víctima sobre las lozas se apartó rápidamente del sitio de la ejecución y fué a colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vió rodeado de rifles que le apuntaban y con tres cadáveres a sus pies, trató de salir y arañando las paredes, pretendía saltar, pero una descarga uniforme lo hizo caer de espaldas revotando su cabeza en el duro suelo, levantóse aún sobre las rodillas con los pulmones desgarrados y los intestinos colgando (las balas eran de gran calibre) y otra descarga lo hizo caer desplomado sobre las piedras. No se levantó más.

—Venga otro!

Jaime Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable y de una generosidad proverbial. En Veracruz era muy querido de todos y aún del mismo Terán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Dr. Albert, por el contrario encarándose con el verdugo, díjole con impasible asento:

—Te creía un hombre, pero no eres más que un cobarde, el más cobarde de los cobardes!

—¡Cristiano! fusilaría a mia madre si EL me lo mandara (1) ¿Estás listo?

—Déjame escribir unas líneas, con lápiz, para mi familia...

—¡Ni un minuto más: ¡adentro!

Y Terán quizo arrojarlo bruscamente dentro del cuadro, pero el marino más fuerte y sereno, dióle una tremenda bofetada, colocándose él mismo en la trayectoria de las balas.

—¡Fuego! rugió Terán.

Jaime Rodríguez se doblegó y cubriéndose con las dos manos el clareado pecho, por donde se escapaba la sangre a borbotones, pudo lanzar todavía este supremo apóstrofe:

—¡Miserable asesino!... ¡Maldito seas! (2).

Momentos después nueve cadáveres yacían en el pavimento, la sangre corría hasta empapar los pies de los soldados. La pálida luz del alba entraba tímidamente y en rayos lívidos, en aquel lúgubre recinto, de donde acababa de salir la muerte. Se tenía vergüenza de que el sol iluminara la horrenda carnicería y era preciso enterrar a los cadáveres y lavar la sangre antes del toque de diana. Del machero se sacaron dos mulas todavía medrosas por el ruido de las descargas, unciéndolas al carro de la basura, y el carretón se llenó de

---

(1) Se refería al telegrama de Díaz: MATALOS EN CALIENTE.

(2). Todos estos detalles se deben a un Subteniente que presenció la hecatombe.

cadáveres, en fúnebre confusión, destilando sangre y materia cerebral.

¡Pronto a la calle! al cementerio fueron las últimas palabras de Terán. El día se había echado encima, el mar comenzaba a sacudir su ropaje de niebla, y el vuelo pesado de los zopilotes y el lejano canto de los pescadores, anunciaban la aparición del astro resplandeciente. Las mulas que tiraban del carro apenas podían con la carga. ¡Pesan tanto los muertos!... Los perros vagabundos que desinfectaban Veracruz husmearon el degüello, primero fué uno, después dos y al llegar al cementerio era ya una jauría la que iba tras el carretón, lamiendo la sangre que escurría y devorando los sesos que a trechos se escapaban de la carreta y caían disputándoselos a mordiscos....

Los perros... fueron los dolientes que formaron el cortejo fúnebre que llevó al cementerio a los últimos Lerdistas...

COMO FUE LA HECATOMBE

El 24 de junio de 1879 se interrumpió el telégrafo de la costa de Sotavento, sin que el Gobernador de Veracruz, Luis Mier y Terán, supiese la causa de la interrupción. A las cinco de la tarde de ese día se recibió en el Gobierno, por extraordinario, la noticia de que el vapor de guerra nacional "Libertad" se había pronunciado en Tlacotalpam; saliendo en seguida para Alvarado, cuya población había secundado el movimiento.

Al saber esta noticia, se apoderó de Terán un pánico espantoso, librando inmediatamente órdenes de prisión contra multitud de ciudadanos pacíficos y alejados de la política, pero a quienes se acusaba, en las regiones oficiales, de no tener simpatías por el régimen porfirista y de no prestar su apoyo moral a esa administración.

El delito era una calumnia, dice don José Negrete, la calumnia era una sospecha y ni aún esa sospecha podía formularse de una manera clara y precisa.

El fuero interno, el sagrado tabernáculo de la opinión privada, sin manifestación hostil, sin carácter alguno de oposición o fuerza, fué la cabeza del proceso y el auto motivado para arrancar de sus hogares a nueve ciudadanos honrados, fusilarlos sin formación de causa y dejar viudas a ocho esposas y huérfanos a treinta y nueve niños....

Pero no precipitemos la relación de los sucesos.

A las dos de la mañana del 25 de junio, fué Terán, acompañado del Comandante Militar de la Plaza, al cuartel del batallon número 25, pidió cuatro soldados y un cabo, previniendo al Capitán Antonio Loredo, al Teniente Roselló y al Subteniente Ruvalcaba, que aunque oyesen unos tiros no se alarmasen. En seguida despertó al Teniente Caro y García, ordenando a todos ellos que lo siguieran.

Después mandó que don Vicente Capmany, Capitán de un bergantín goleta ,fuese sacado de su buque y traído a tierra entre las dos filas de una escolta. Capmany estaba a bordo, tendido en una hamaca sobre cubierta, tranquilo, tranquilo como su conciencia, sin mancha y sin reproche.

—Dése usted por preso, le dijo el jefe de la escolta.

—Se me permite al menos vestirme? preguntó Capmany.

—Sí, pero en mi presencia, le contesto el oficial.... y media hora después llegaba Capmany al cuartel 25.

Allí lo esperaba Terán.

—Usted conspira contra Porfirio, le dijo con acento tembloroso, como si le agitara una pasión que en vano pretendía sofocar.

—Yo no conspiro, cuando soy responsable de intereses ajenos, le contestó fríamente Capmany; pero no crea usted que por eso dejo de tener a todos ustedes en la triste opinión que siempre me han merecido.

Terán no pudo contenerse.

El miedo, ese consejero terrible e implacable se había apoderado de aquella naturaleza, cuyo vigor se había evaporado en motines militares y en cobardes y alevosas intentonas contra el órden constitucional.

—Voy a fusilarlo a usted, gritó lleno de ira Terán, y sus ojos se inyectaron de ese flúido rojo que, según el poeta latino, dispiden los ojos del verdugo.

—Eres un asesino y un cobarde; pero ya que los mexinos están a merced de la canalla, estoy dispuesto a morir, miserable, aprende a morir como mueren los hombres...

Una descarga sofocó las últimas palabras del benemérito e ilustre, del valiente y honrado Capmany...

Los soldados no habían podido herir con tino, en medio de las semi-obscuridad que reinaba en el cuartel.

Terán levantó una linterna y él mismo alumbró a su víctima...

Capmany había muerto, maldiciendo a los enemigos de la Constitución, pero con la sonrisa en los labios.

Terán había mandado aprehender a todos los individuos a quienes sospechaba como desafectos al gobierno de Porfirio Díaz.

En presencia del cadáver de Capmany, sintió el vértigo de la sangre, esa terrible y espantosa locura que los alienistas han calificado como delirio de persecución.

Creyó que el muerto iba a hablar, y para vencer la preocupación que lo dominaba, creyó que podía ahogar en san-